

LA ANTROPOLOGÍA MEXICANA Y EL INDIGENISMO: UNA MIRADA PERSONAL

Andrés Medina Hernández¹

La configuración de la red institucional

Llamamos antropología mexicana a la corriente teórica y política que se configura en el período 1940-1970, en la cual se establece una estrecha relación entre la investigación antropológica, la formación académica y la política indigenista; fue resultado de la articulación de un complejo institucional que emerge, en su mayor parte, durante el régimen del presidente Lázaro Cárdenas —1934-1940—. En la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) había un Departamento de Antropología dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras donde se formaba a estudiosos del México antiguo, mientras que se hacía investigación de campo, con recursos precarios, en el Instituto de Investigaciones Sociales, cuando Miguel Othón de Mendizábal era su secretario académico. Posteriormente, a partir de 1939 Lucio Mendieta y Núñez toma la dirección de dicho instituto y funda la *Revista Mexicana de Sociología*; el proyecto más importante que se echa a andar es la elaboración de una carta etnográfica de México.

De este mismo sexenio cardenista procede la creación de un Departamento de Antropología en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico

¹ Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Nacional para formar profesionales en el campo de la antropología social; asimismo, se organiza en 1936 el Departamento de Asuntos Indígenas, del cual procede la iniciativa para realizar la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas en 1939, y para apoyar la organización del Primer Congreso Indigenista Interamericano, llevado a cabo en la ciudad de Pátzcuaro en abril de 1940, producto del cual es la creación del Instituto Indigenista Interamericano (III), que tendría como sus publicaciones *América Indígena* y el *Boletín Indigenista*.

Sin embargo, el eje de todo este complejo institucional que emerge en unos pocos años es la fundación, en 1939, del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), cuyo primer director es Alfonso Caso, una figura política y científica que será el protagonista principal de la antropología mexicana en el lapso 1940-1970. Este instituto incorpora a la antigua Inspección de Arqueología, al Museo Nacional y al Departamento de Antropología, el cual se convirtió entonces en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

Mientras que en el Instituto de Investigaciones Sociales se realiza un programa de investigaciones con una definida orientación evolucionista, la ENAH, que diseña un plan de estudios inspirado en la concepción boasiana, se establece en el campo de la etnología y la etnografía, con una orientación teórica que conjuga el funcionalismo británico con el empirismo evolucionista de Robert Redfield. El Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, junto con alumnos de etnología de la ENAH y con el apoyo del gobierno del estado de Chiapas, desarrolla en 1942-1944 un proyecto de investigaciones en los Altos de Chiapas dirigido por Sol Tax. Al mismo tiempo, la Universidad de California, también con alumnos de la ENAH, empieza un programa de investigaciones en la región tarasca, Michoacán, bajo la dirección de George M. Foster, con una orientación boasiana en la versión de Ralph Beals. En estos proyectos se forman algunos de los más importantes etnólogos mexicanos del siglo XX.

Un espacio fundamental en el que se hacen importantes contribuciones a los diferentes campos de la antropología, a través de las cuales se perfila la tradición antropológica nacional, es la Sociedad Mexicana de Antropología, fundada en 1937, y particularmente en sus reuniones de Mesa Redonda, la primera de las cuales tiene lugar en 1941 en la Ciudad de México y se dedica a dilucidar la identidad de la Tula histórica de las fuentes. La propuesta que se convertirá en el paradigma de la antropología mexicana será la realizada en 1943 por el etnólogo alemán naturalizado mexicano Paul Kirchhoff, al definir un área de alto desarrollo sociopolítico y cultural a la que designará con un término aportado por Wigberto Jiménez Moreno: Mesoamérica. Así, la articulación entre la

concepción mesoamericanista, la política de investigaciones desarrollada en el INAH, las discusiones organizadas por la Sociedad Mexicana de Antropología y la formación de antropólogos profesionales en la ENAH constituirán la antropología mexicana que se desarrolla hasta 1970.

El panorama se redondea con la creación de la carrera de antropología social en la ENAH, en 1951, para formar a los especialistas en antropología aplicada que se incorporarán a la política indigenista del gobierno mexicano. Ciertamente, el indigenismo interamericano tenía su sede en la Ciudad de México, mientras que el antiguo Departamento de Asuntos Indígenas cardenista se había convertido en una dependencia de la Secretaría de Educación Pública, la Dirección General de Asuntos Indígenas, con un bajo perfil. Las más importantes discusiones sobre el papel de la antropología en el período de la posguerra se realizaban en las páginas de *América Indígena*, desde donde se difundían los planteamientos procedentes de las instituciones antropológicas de los Estados Unidos, el más importante de los cuales era el desarrollo de una antropología aplicada, es decir, orientada a la solución de los problemas más acuciantes de los pueblos indígenas del continente americano. En esta orientación se vertía la experiencia militar y de dominación colonial adquirida por Estados Unidos en su participación en la Segunda Guerra Mundial, de la que este país emerge como una de las dos potencias hegemónicas en el mundo.

De hecho, el profundo involucramiento de Estados Unidos en la guerra conduce a una completa reorganización del conjunto de instituciones relacionadas con la investigación científica. Por una parte, se establece una coordinación de las fundaciones filantrópicas, las cuales tienen un papel central en el financiamiento; por la otra, se reestructuran los programas de las universidades y, en tercer lugar, se crean diversos vínculos con el ejército para responder a las exigencias que impone el desarrollo de la guerra; aparece entonces lo que David Nugent (2008) llama una “nueva geografía del conocimiento”. Las universidades crean programas para la formación académica de los militares, e incluso de civiles, que trabajarán en diversas acciones relacionadas con la ocupación militar y la administración territorial de las regiones afectadas por la guerra. Por su parte, la comunidad académica proporcionaría científicos para integrar un equipo de expertos en inteligencia para continuar, después de la guerra, la lucha contra el fascismo y el comunismo (Nugent, 2008). Los efectos en el campo de la antropología son diversos, como la creación en la *Smithsonian Institution* de un Comité de Guerra (*War Committee*) que establece el *Ethnogeographic Board* para proporcionar a los militares la información requerida debidamente evaluada (Kemper, 1993).

Una comisión integrada por Ralph Beals, Robert Redfield y Sol Tax es la encargada de realizar una evaluación del estado de las investigaciones en México y Guatemala. En 1943 se funda el Instituto de Antropología Social, dirigido por Julian H. Steward, con su publicación *Acta Americana*, en la que se publican ensayos notables como el de Paul Kirchhoff sobre Mesoamérica (1943). El apoyo mayor, sin embargo, es otorgado a la ENAH, donde se crea un plan de estudios con una orientación boasiana y se ofrece un generoso programa abierto de becas por parte de diferentes fundaciones, como la Viking Fund, la Gugenheim o la Rockefeller, entre otras, con una orientación latinoamericanista. Sol Tax, de la Carnegie Institution, es requerido para dar clases en la ENAH, donde inicia investigaciones de campo en los Altos de Chiapas, en las que se forman Fernando Cámara, Ricardo Pozas y Calixta Gúiteras. Oscar Lewis llega como representante del Instituto Nacional Indigenista (INI), de Estados Unidos, ante el Instituto Indigenista Interamericano, dirigido por Manuel Gamio desde 1942; inicia entonces su investigación en Tepoztlán, en la que incorpora a cuatro estudiantes de antropología. Tanto Tax como Lewis preparan periódicamente informes que entregan a la embajada de Estados Unidos. George M. Foster llega en 1945 como representante del Instituto de Antropología Social en la ENAH para impartir diferentes cursos e iniciar un programa de investigaciones en la región tarasca, en la que se forman varios estudiantes, entre ellos Gabriel Ospina, colombiano, y Pedro Carrasco, mexicano (Kemper, 1993).

Después de la Segunda Guerra Mundial se desarrolla un programa de apoyo para América Latina en los campos de la economía, la educación, la salud y otros, que el presidente Truman lanza con el nombre de Punto IV; equivalente al Plan Marshall para Europa, su finalidad es exportar capitales y crear las condiciones para su inversión segura y redituable. En este programa tiene un papel importante la antropología aplicada. Como apunta Robert A. Manners, nunca hubo tantos antropólogos en una política colonial como en la de Estados Unidos hacia América Latina (Manners, 1956).

La influencia de la corriente culturalista se expresará también en la publicación, por parte del Fondo de Cultura Económica, de libros de texto de los más notables representantes de esta escuela, como Alfred L. Kroeber, Robert H. Lowie, Melville Herskovits o Ralph Linton, entre otros, los cuales son usados por estudiantes y profesores de la ENAH.

Aunque México había sido la sede del I Congreso Indigenista Interamericano y de la institución interamericana que coordinaría las políticas de los países americanos, no es sino hasta 1948 cuando constituye su Instituto Nacional Indigenista (INI), cuyo fundador y primer director será Alfonso Caso. El programa

del INI es elaborado por un equipo que reúne a los mejores antropólogos mexicanos de ese tiempo, entre quienes están Ricardo Pozas, Alfonso Villa Rojas, Juan Comas, Gonzalo Aguirre Beltrán, Julio de la Fuente y otros más.

Esta vez la política indigenista se diseña para instalarse en las más importantes regiones interétnicas del país a través de los centros coordinadores indigenistas; el primero de ellos es el organizado, en 1951, en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, en Los Altos de Chiapas, para abarcar la región tzeltal-tzotsil. Su primer director es el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán. El organigrama de este centro será el modelo para los que se crearán posteriormente, un total de once hasta 1970, año en el que fallece Alfonso Caso.

Los centros coordinadores indigenistas estaban organizados con base en un cuerpo directivo a cargo de los antropólogos, un equipo técnico con profesionistas de los campos de la agronomía, la ingeniería, la medicina y la educación, y una base de promotores culturales que actuaban como intermediarios entre las comunidades beneficiadas y los programas indigenistas. Estos últimos procedían de las propias comunidades, tenían que ser bilingües y eran de dos tipos: jóvenes con una instrucción mínima y autoridades tradicionales. De los cargos dirigentes procederán los teóricos y actores de la política indigenista; de la base de los promotores, particularmente del campo de la educación, emergerá una intelectualidad que constituirá la dirigencia del movimiento indígena de los años posteriores.

La Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)

Para conseguir los profesionistas necesarios que pusieran en práctica la política indigenista, se creó en 1951 la especialidad de “antropología social o aplicada” en la carrera de etnología. La ENAH estaba organizada en un tronco común que dedicaba dos años a las materias generales de los campos de la antropología, entendidos a la manera de Franz Boas: antropología física, arqueología, etnología y lingüística. Los dos años siguientes se dedicaban a cada una de las especialidades. El mismo año en el que se crea la especialidad de antropología social también se organiza la de etnohistoria. Para formarse como antropólogo social había que estudiar un semestre más en el que se daban materias preparatorias para participar en el campo del indigenismo. Además, los estudiantes eran becados por el INI.

Cuando yo ingreso a la ENAH, impartía la cátedra de antropología física Juan Comas, un gran maestro llegado a México con el grupo de republicanos trasterrados y nacionalizado después; lingüística general estaba a cargo de

Mauricio Swadesh; arqueología general la daba José Luis Lorenzo, trasterrado también. Prehistoria y protohistoria generales las impartía don Pablo Martínez del Río, siempre con un atuendo británico de pantalón oscuro a rayas, saco negro, camisa blanca y polainas. De la enseñanza de la etnología era responsable Calixta Guiteras, cubana exiliada por la dictadura de Fulgencio Batista. Sin embargo, el año en el que me inscribí, 1957, Calixta impartió solamente la primera clase y la materia quedó a cargo de Arturo Monzón, uno de los jóvenes antropólogos discípulos de Paul Kirchhoff.

Mauricio Swadesh era un destacado lingüista estadounidense discípulo de Edward Sapir que llegó a México en 1939 para trabajar en el Departamento de Asuntos Indígenas e impartir clase en el Departamento de Antropología, de la Escuela de Ciencias Biológicas, del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Él fue uno de los encargados de organizar la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas que tuvo lugar ese mismo año, 1939. Un resultado de esa reunión fue la creación del Consejo de Lenguas Indígenas, organismo responsable de los programas de educación bilingüe; este Consejo organizó un programa de alfabetización en la región tarasca, en Michoacán, conocido como Proyecto Tarasco, el cual tenía como objetivo desarrollar un sistema de enseñanza en la lengua purépecha. En el programa no solamente se diseñó un alfabeto apropiado y se preparó a un grupo de jóvenes maestros para leer y escribir en esa lengua amerindia, sino, sobre todo, se planteó desarrollar diferentes apoyos técnicos para establecer una forma estándar y generar un amplio programa editorial que abarcó desde libros de texto hasta otras formas de difusión, como carteles, cartillas y otros. Desafortunadamente, con el cambio en la política educativa, que encabeza el conservador Manuel Ávila Camacho, presidente de México entre 1940 y 1946, el Proyecto Tarasco se abandonó y Swadesh regresó a Estados Unidos para incorporarse al ejército de ese país.

La propuesta del Proyecto Tarasco diseñada por Swadesh se mantiene como una ambiciosa meta pendiente de realizar que contrasta notablemente con los programas que desarrolla, en los años treinta, el Instituto Lingüístico de Verano (ILV). Fundado en México por el pastor protestante William Cameron Townsend, el ILV se plantea tres objetivos: el aprendizaje de las lenguas amerindias, la traducción de la Biblia a tales lenguas y el despliegue de una acción proselitista. El empleo de la técnica lingüística para diseñar cartillas y el desarrollo de un alfabeto para escribir la lengua nativa constituyen la clave para el diseño de una educación bilingüe que conduzca no sólo a la lectoescritura, sino sobre todo a la castellanización. Numerosos educadores son convencidos de las bondades de este método, de tal suerte que cuando el presidente Cárdenas visita la población

náhuatl de Tetelcingo, Morelos, en enero de 1936, donde se instala Townsend para demostrar su método, decide apoyar este programa, que pronto se convertirá en la base de la educación indígena gubernamental. El presidente autoriza la contratación de jóvenes misioneros para que trabajen en diferentes regiones indígenas del país, quienes pronto se dispersan por el territorio nacional. En 1938 había ya 32 misiones, en 1942 encontramos a 45 trabajando en 22 lenguas, y en 1945 su presencia aumenta a 91 actuando en 39 lenguas amerindias (Hartch, 2006). Varios de los más destacados lingüistas misioneros imparten algunas materias en la ENAH, pero no había intención alguna de formar especialistas. La primera egresada en lingüística, discípula de Roberto Weitlaner y Wigberto Jiménez Moreno, se gradúa en 1950. El ILV habrá de convertirse en el más importante apoyo técnico de los programas de educación indígena del gobierno mexicano.

Mauricio Swadesh regresa a México en 1956, tras la represión del macartismo en Estados Unidos, para desarrollar una intensa actividad en los campos de la docencia y la investigación y formar a un grupo de discípulos que constituirán la más importante corriente teórica en la lingüística antropológica mexicana.

Una de las figuras señeras de la ENAH de esos años era don Wigberto Jiménez Moreno, quien tenía a su cargo las materias de Historia Antigua de México y Orígenes y Caracteres de la Cultura Mexicana, ambas muy concurridas y obligatorias para todos los estudiantes. Las notas del curso de Historia Antigua se podían conseguir mimeografiadas con el conserje, don Gabino. En el campo de la etnología estaban también dos espléndidos investigadores: Barbro Dahlgren, discípula de Paul Kirchhoff y especialista en la Mixteca —con un extenso conocimiento de las publicaciones recientes en inglés, francés y alemán—, y don Roberto J. Weitlaner, un antiguo ingeniero que se había dedicado a la etnografía y conocía profundamente varias regiones, particularmente las de los otomíes de los estados de México e Hidalgo, los nahuas de Guerrero y Morelos, así como los chinantecos y los mazatecos de Oaxaca, como lo indica su vasta bibliografía. Me parece que su mayor contribución se encuentra en el campo de la lingüística, donde funda el campo de los estudios de la familia otomangue; de hecho, la primera egresada en el campo de la lingüística de la ENAH es su alumna María Teresa Fernández de Miranda, quien hace una tesis sobre la fonémica del ixcateco.

Mi formación en el campo de la lingüística fue primero con Mauricio Swadesh y después con Evangelina Arana de Swadesh, su esposa, y con Moisés Romero, especialista en las lenguas mayas. Posteriormente obtendría mi primer empleo en el INAH como ayudante de R. J. Weitlaner, para quien realicé una investigación en

la región popoloca del sur de Puebla. Con la maestra Dahlgren cursé Etnografía Antigua de México y Magia y Religión, además de que fue mi directora de tesis sobre las relaciones de parentesco en una comunidad tseltal de los Altos de Chiapas.

Entre las figuras centrales de la antropología aplicada y del indigenismo estaba Fernando Cámara, quien había hecho trabajo de campo en Chiapas en 1944, en el proyecto de la Universidad de Chicago dirigido por Sol Tax, y representaba las posiciones teóricas de Robert Redfield. A sus alumnos se les llamaba los “chicos del cambio social y cultural.” Junto con él, ocupaba un lugar destacado Ricardo Pozas, también alumno de Tax en Chiapas y uno de los organizadores y directores del Centro Coordinador Indigenista Tzeltal Tzotzil. En esos años era ya célebre por su historia de vida *Juan Pérez Jolote, biografía de un tzotzil*, convertida en novela indigenista por el Fondo de Cultura Económica. Posteriormente publicaría su gran monografía sobre San Juan Chamula, *Un pueblo indio de los Altos de Chiapas* (1959). Sin embargo, quien aparecía como la figura más importante que enlazaba la escuela con la política indigenista era don Alfonso Villa Rojas, impulsor de la carrera de antropología social. Formado con Robert Redfield en las investigaciones realizadas en la península de Yucatán en los años treinta, estudió en la Universidad de Chicago y trabajó como investigador de la fundación Carnegie Institution hasta 1947. A la cabeza de la política indigenista estaban Gonzalo Aguirre Beltrán, Julio de la Fuente y, sobre todo, Alfonso Caso, director del INI.

Conocí personalmente a Julio de la Fuente y a Alfonso Villa Rojas una mañana de junio de 1958 en una reunión académica organizada por el equipo de la Universidad de Chicago y por el INI. Por parte de la Universidad estaban el Dr. Norman A. McQuown, director del proyecto “Man-in-Nature”, así como Duane Metzger, Manning y June Nash, entre otros. Por parte del INI estaba Julio de la Fuente, subdirector, y Villa Rojas, por ese entonces director del centro coordinador. Otros asistentes eran Evon Z. Vogt y Frank Miller, de la Universidad de Harvard, así como Fernando Cámara, profesor, y Manuel Zabala y Luis Reyes, alumnos de la ENAH. Como alumnos también de la ENAH, pero adscritos al proyecto “Man-in-Nature”, estábamos Roberto Escalante y yo, ambos en el equipo de lingüística. La reunión se realizó en San Cristóbal de Las Casas, en la casa de Frans Blom conocida como Na Bolom (“Casa del tigre”, en tzotzil). Mientras que Julio de la Fuente mantenía una presencia seria, solemne, Villa Rojas saludó de mano a cada uno de los presentes, transmitiendo una imagen de sencillez.

En esa ocasión nos hospedaron en las instalaciones del centro coordinador, conocido como La Cabaña, un conjunto de construcciones sencillas, sobrias y

cómodas donde también se ubicaba un internado indígena, con su patio central y campos agrícolas experimentales. Este centro era el exhibidor de la acción indigenista, el lugar a donde se llevaba a todos los visitantes ilustres, nacionales y extranjeros. Allí, Fernando Cámara me presentó a don Alfonso Caso en 1959, cuando se celebró en San Cristóbal la VIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, donde los equipos de investigadores del proyecto “Man-in-Nature” y de la ENAH presentaron diversas ponencias que daban cuenta de sus respectivas investigaciones.

Pude entonces conocer a los protagonistas de la acción indigenista en los Altos de Chiapas, tanto a los dirigentes del centro coordinador, como a Alfonso Villa Rojas, y posteriormente a Agustín Romano y al equipo coordinador de los programas educativos, a la cabeza del cual estaba Fidencio Montes, un maestro zapoteco de Yatzachi, Oaxaca. En los recorridos que se hicieron tanto para el trabajo lingüístico, reconociendo la frontera entre el tseltal y el tsotsil, como para el etnográfico en Chanal y en Tenejapa, conocí de cerca a los trabajadores indigenistas, promotores de educación principalmente, pero también a algunos de salud. Ellos eran quienes me apoyaban en mi trabajo de campo y pude conocer su perspectiva particular con respecto a la política indigenista.

Sin duda existía en esos años cincuenta y sesenta una estrecha relación entre la antropología social y el indigenismo. Era posible reconocer una mística que guiaba las acciones de los trabajadores del centro coordinador, particularmente de los antropólogos y los maestros bilingües. En la ENAH prevalecía un espíritu crítico hacia la política gubernamental en los campos agrario, magisterial y obrero. Los alumnos de la ENAH participaban en las movilizaciones que realizaban los maestros, los ferrocarrileros y otros sectores combativos. La Revolución cubana despertó una gran simpatía y reforzó el espíritu latinoamericanista que existía desde los primeros años entre el estudiantado, lo que se mostró explosivamente en las grandes manifestaciones realizadas para protestar por la invasión de Bahía de Cochinos, organizada por la CIA en 1961.

En esos años no había aún una corriente crítica hacia el indigenismo, la cual surge prácticamente después del movimiento estudiantil popular de 1968, es decir, ya en la década de los años setenta. Me parece que entre los antropólogos, los técnicos y los maestros bilingües había una mística de compromiso social; se asumía que la acción indigenista era una tarea urgente frente a las condiciones de pobreza, insalubridad y explotación despiadada que caracterizaban al medio indígena. La crítica al autoritarismo presidencial y al nacionalismo alcanzó a la política indigenista.

El III fue dirigido por Manuel Gamio de 1942 a 1960, año en el que falleció. Desde su fundación, el III es el punto de relaciones estrechas con los otros países miembros, así como con diversos organismos internacionales. En 1945, se realiza una investigación en la región oncocercosa de Chiapas dirigida por Gamio y apoyada por diversas instituciones interamericanas. Por esta región se había trazado la ruta de la Carretera Panamericana, pero la presencia de la oncocercosis entre la población planteaba serios problemas de salud. El grupo dirigido por Gamio, integrado principalmente por estudiantes de la ENAH, realizó un cuidadoso recorrido. Entre ellos estaban Anne Chapman, Ricardo Pozas, Isabel Horcasitas y Felipe Montemayor, todos ellos futuros profesionales destacados. Finalmente, la carretera se construyó, no por la costa, donde estaba la zona oncocercosa, sino por la zona montañosa que rodea San Cristóbal de Las Casas.

En el III tiene un papel importante Juan Comas, el español trasterrado formado como antropólogo físico en Suiza, quien se convierte en un activo defensor de la política indigenista continental. Comas es también profesor de la ENAH y será el fundador, en 1963, de la Sección de Antropología de la UNAM, antecesora del actual Instituto de Investigaciones Antropológicas. Sin duda, el III tiene estrechas relaciones con las otras instituciones antropológicas mexicanas. Numerosos estudiantes trabajan temporalmente en sus instalaciones, en donde se forma una de las mejores bibliotecas en el campo del indigenismo continental. Sus publicaciones expresan esta vocación, tanto la revista *América Indígena* como las diversas monografías etnográficas de los países del continente americano.

Una de las épocas de mayor actividad y presencia es cuando ejerce Gonzalo Aguirre Beltrán como director (1966-1970) y Alfonso Villa Rojas como jefe de investigaciones. Junto a ellos está Alejandro Marroquín, un notable antropólogo y economista salvadoreño, también maestro de la ENAH. En esos años llegan las críticas al involucramiento de antropólogos estadounidenses en la guerra de Vietnam; se publican además varios artículos sobre la ética del antropólogo, algunos traducidos del inglés, y sobre el compromiso social.

Sin embargo, la mayor actividad de intercambio entre antropólogos, funcionarios y especialistas se realiza en los congresos indigenistas interamericanos, así como en diferentes seminarios que se organizan entre los países miembros. Uno de ellos es el Programa 104 que tiene lugar en la ENAH durante los años 1962-1964, cuando llegan becarios latinoamericanos y un grupo de profesores destacados, entre ellos Oscar Lewis, Donald Pierson y Mario Vázquez, peruano; fue su director Remy Bastien, antropólogo haitiano formado en México, tanto en la ENAH como en la UNAM.

Asistí como oyente al curso de Oscar Lewis y tomé los que impartían Vázquez y Pierson, pues estaban abiertos a los alumnos de la ENAH.

Trabajé en el III durante siete meses en 1971, cuando era su director Gonzalo Rubio Orbe, educador ecuatoriano, y Alejandro Marroquín estaba a cargo de la revista *América Indígena*. Mi trabajo consistía en apoyar las tareas editoriales, pero también participé en dos programas de enseñanza que se organizaron en Costa Rica y en Panamá, además de escribir artículos en la revista. Estas visitas me permitieron conocer a colegas de ambos países e intercambiar experiencias.

El gran viraje de la antropología crítica

Sin duda, el punto de inflexión por el que se desata una corriente crítica en la ENAH es el movimiento estudiantil popular de 1968 que culmina con la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre. La mayoría de los estudiantes y profesores se incorporan a ese movimiento y tienen una participación activa. El Museo Nacional de Antropología, en Chapultepec, donde estaba en esos años la ENAH, se convierte en un referente emblemático; ahí se reúnen los contingentes de las grandes marchas que cruzan la ciudad hacia el Zócalo.

Comienza entonces la crítica a la política indigenista y a la antropología por sus estrechos vínculos con el nacionalismo del gobierno mexicano. En las páginas de la revista *América Indígena* se abre una sustanciosa discusión entre sus críticos y defensores impulsada por Gonzalo Aguirre Beltrán, director del Instituto Indigenista Interamericano, y por Alfonso Villa Rojas, jefe del departamento de investigaciones del mismo instituto. La corriente crítica estará representada por los autores del libro *De eso que llaman antropología mexicana*, publicado en 1970, en el que destacan los textos de Arturo Warman, con una devastadora crítica a la política indigenista, Guillermo Bonfil y Margarita Nolasco.

En la ENAH se rechaza el antiguo plan de estudios con su tronco común, y se introducen nuevas materias, sin necesariamente incorporar una propuesta coherente en lo teórico. Se abre espacio en el currículo a la economía política, a la antropología marxista y a otras materias del campo de las ciencias sociales, las cuales impartirán numerosos investigadores sudamericanos que llegan exiliados por la “guerra sucia” que despliegan las dictaduras sudamericanas en el poder. Se instala la Asamblea General, donde se discuten los problemas tanto académicos de la propia escuela, como políticos de índole nacional. Desaparece, entonces, la especialidad de etnología y cada especialidad establece su propia autonomía administrativa y académica.

Dos grandes acontecimientos contribuyen a la separación de la antropología y el indigenismo. El primero es la crítica procedente de la I Declaración de Barbados, firmada por once antropólogos en enero de 1971, en la cual se acusa a los gobiernos nacionales, a las Iglesias y a los antropólogos participantes en los programas gubernamentales de contribuir al etnocidio de los pueblos indios americanos. Guillermo Bonfil es uno de los firmantes y uno de los más activos difusores del movimiento crítico que de ahí emerge; en esta línea se inscriben dos de sus obras fundamentales: *Utopía y revolución*, publicada en 1981, y *México profundo*, aparecida en 1989.

El otro acontecimiento es la emergencia del movimiento indio a escala nacional que cristaliza en la organización del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI), fundado en 1975 en Pátzcuaro —la cuna del indigenismo interamericano—. En estrecha relación con este movimiento está la expansión de la política indigenista bajo el impulso de Gonzalo Aguirre Beltrán, simultáneamente director del INI y de la Subsecretaría de Educación Extraescolar, de la Secretaría de Educación Pública (SEP), en el sexenio del presidente Luis Echeverría. Alfonso Caso muere el 30 de noviembre de 1970, en la víspera del inicio del sexenio de Luis Echeverría y de que Aguirre Beltrán asumiera la Subsecretaría. De los once centros coordinadores fundados durante la dirección de Caso, se pasa a un poco más de setenta al final del sexenio; esto significa una mayor demanda de antropólogos, de técnicos y de trabajadores bilingües. Para entonces existe ya un cuerpo de indígenas especialistas en educación que ocupa puestos intermedios; además, desde 1964 el área de educación pasa a la SEP y con ello los maestros indígenas se incorporan al más grande aparato sindical del país, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), donde adquieren una importante educación política.

Cuando Aguirre Beltrán llega a la SEP incorpora varios antropólogos a su equipo, entre ellos a Salomón Nahmad, quien tenía ya experiencia en varios centros coordinadores, a Juan José Rendón Monzón, lingüista discípulo de Mauricio Swadesh, y a Enrique Valencia. Parece que Aguirre participó en el nombramiento de Guillermo Bonfil, en 1972, como director del INAH. Lo cierto es que la acción conjunta de Bonfil, Ángel Palerm y Aguirre Beltrán permite la fundación del Centro de Investigaciones Superiores del INAH o CIS-INAH, que posteriormente cambiará su denominación al de Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), una vez adquirida su autonomía del INAH, para convertirse en uno de los más importantes centros de investigación antropológica en la actualidad.

En vista de las críticas a la política indigenista en la ENAH, quien posteriormente proveerá de antropólogos a la acción gubernamental, será la Escuela de Antropología

de la Universidad Veracruzana, fundada por Gonzalo Aguirre Beltrán cuando fue rector de esa universidad.

Una influencia más que incide en la configuración de una corriente crítica a la antropología y el indigenismo nacionales es la Revolución cubana, que suscita un poderoso movimiento latinoamericanista en el cual se incorpora una crítica aguda al colonialismo intelectual. Orlando Fals Borda, antropólogo colombiano, desarrolla una muy sugerente propuesta metodológica procedente de la experiencia del movimiento cristiano de la teología de la liberación que se constituye en Brasil y en Colombia, la llamada investigación-acción, la cual se propone romper con el positivismo, que ve a los pueblos indios como objeto de investigación a través de una acción dialógica y un compromiso con sus causas.

La expresión en la ENAH de esa corriente crítica se dirigió a la búsqueda de una antropología militante, o también comprometida, sin precisar sus características, pero insistiendo en la denuncia del paternalismo y el autoritarismo gubernamentales manifestados en la política indigenista.

En los primeros meses de 1971, el INI organiza una reunión en sus oficinas centrales con la presencia de varios secretarios de Estado y del propio presidente Echeverría. Entre los discursos pronunciados destacan el de Gonzalo Aguirre Beltrán, director del INI, y el de Fernando Benítez, un periodista que defiende la política indigenista desde los días de Alfonso Caso. La publicación de los trabajos presentados en esa reunión bajo el título de *¿Ha fracasado el indigenismo?* (SepSetentas, 1971), da cuenta del tono de las discusiones. Las críticas a la política indigenista proceden tanto de la perspectiva del grupo de Barbados, que acusa a las políticas gubernamentales de etnocidas, como de las diferentes corrientes marxistas, que introducen la concepción de las clases sociales para señalar la condición campesina de los pueblos indios, la cual se ocultaba bajo la insistencia en sus particularidades culturales y lingüísticas.

Con la corriente teórica que emerge de la reunión de Barbados se introducen los conceptos de “grupo étnico” y de “etnocidio”; es un discurso hecho por un conjunto de antropólogos, entre quienes se encuentran Guillermo Bonfil y Darcy Ribeiro, pero gradualmente es apropiado por los movimientos indios del continente, de tal suerte que a la segunda reunión, realizada en 1977, acuden exclusivamente representantes de diversas organizaciones indias del continente. Para los años noventa, en vísperas del llamado Quinto Centenario, con el que se alude a la llegada de los europeos a América, los dirigentes del movimiento indio desechan el término grupo étnico y asumen el de pueblo.

Por otra parte, en la discusión marxista de los años setenta se plantea el estatuto teórico y político del campesinado; es una discusión en la que tiene un papel importante la corriente que encabeza Eric Wolf en Estados Unidos; pero en México surgen diversas posiciones, desde las estrictamente marxistas, como la que plantea Roger Bartra, hasta las chayanovianas defendidas por Arturo Warman y Ángel Palerm. Con el planteamiento marxista se discute la condición de clase del campesinado. Con el movimiento etnicista lo que se plantea es el problema de la identidad étnica, así como los derechos políticos y culturales de los pueblos indios del continente americano. En términos más generales, lo que se discute es la relación entre clase social e identidad étnica. La discusión da un giro político con el conflicto que surge en Nicaragua entre el gobierno sandinista y los habitantes de la costa atlántica que reclaman su autonomía. La intervención de Estados Unidos a través de los contrarrevolucionarios que establecen una alianza con los pueblos de la costa atlántica, genera un conflicto armado que afecta profundamente a Nicaragua y que involucra a numerosos antropólogos de diferentes partes. Aparece así el gran tema de la autonomía de los pueblos indios. Varios antropólogos mexicanos acuden en apoyo del gobierno sandinista. Gilberto López y Rivas, Mercedes Olivera y Héctor Díaz Polanco, entre otros, discuten la cuestión de la autonomía en Nicaragua. Éste es el gran tema que se extiende por los pueblos indios del continente y que adquiere una importancia central en el movimiento indígena mexicano a partir del levantamiento zapatista de 1994 y de la formación del Congreso Nacional Indígena. Me parece que, si bien hay una crítica a las posiciones dogmáticas de algunos marxistas, éstas se diluyen en la posterior discusión sobre la autonomía. Pero retornemos a la discusión de los años setenta.

Fernando Benítez realiza para el INI una serie de reportajes sobre las diferentes regiones en las que desplegaba sus programas la acción indigenista durante el régimen de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Los reportajes y ensayos de Benítez buscaban llamar la atención sobre las condiciones de pobreza y explotación de las regiones interculturales y de la acción indigenista, debido a la hostilidad del presidente hacia tales programas a partir de un distanciamiento político con Alfonso Caso. Parece ser que Caso no apoya la candidatura de Díaz Ordaz cuando ésta todavía no se definía oficialmente; su compromiso político estaba con otro presidenciable.

Esos ensayos de Benítez fueron reunidos y publicados en una serie bajo el título de *Los indios de México* (Ediciones Era) y siguieron saliendo a lo largo de los años setenta hasta completar cinco gruesos volúmenes. Una lectura cuidadosa de esos textos revelaba un romanticismo con un notable trasfondo racista y colonizador, como lo

señalé en un ensayo titulado “¿Etnología o literatura? A propósito de Benítez y sus indios”, publicado en *Anales de Antropología* (1975: vol. XI). La respuesta de Benítez fue soez, sin responder a las críticas, sino acudiendo a ataques personales; también respondió a este texto Aguirre Beltrán, reafirmando las premisas del indigenismo gubernamental. En defensa del mismo publicaron sendos ensayos Alfonso Villa Rojas y Ángel Palerm. Todos estos materiales fueron reunidos y publicados posteriormente en los dos volúmenes del libro *La quiebra política de la antropología social en México*, que editamos Carlos García Mora y yo (UNAM, 1983 y 1986). El objetivo de dicho esfuerzo era recoger los numerosos y dispersos ensayos de crítica, y de defensa, de la política indigenista y de la antropología nacionalista, para señalar que por encima de las diversas polémicas estaba en juego la concepción de una antropología propia, mexicana; es decir, había reflexiones de carácter teórico, político y epistemológico.

No estaba claro cuáles eran las características específicas del quehacer antropológico en México; era evidente un notable contraste con los trabajos que nos llegaban de los centros hegemónicos de la teoría antropológica, particularmente de Estados Unidos y Francia. Frente a la relación estrecha entre el nacionalismo, el indigenismo y la antropología cultural estadounidense, que se critica a partir del movimiento de 1968, se abre la puerta a la antropología marxista, procedente principalmente de Francia, pero también al marxismo y a la lectura de las fuentes clásicas del mismo. En la ENAH se hacen diversas críticas al plan de estudios que había funcionado desde 1942, pero no se diseña una opción diferente, más bien se introducen otras materias, desde filosofía y economía política hasta talleres sobre *El Capital*. Dos grandes temas ocupan el lugar central en las discusiones: la relación entre el campesinado y las clases sociales, como ya anoté, y el desarrollo histórico en el marco de los modos de producción; aparece entonces una discusión muy cargada ideológicamente, la del modo de producción asiático y su adecuación para explicar el desarrollo histórico de los pueblos amerindios. Es muy sugerente notar que mientras se leía a los autores más importantes de la antropología marxista francesa, principalmente a Maurice Godelier, Claude Meillassoux y otros, había un rechazo casi visceral por el estructuralismo de Lévi-Strauss. Sólo cuando la escuela de antropología se trasladó a su nuevo edificio en Cuicuilco (me parece que en 1980) se restauró la especialidad de etnología, eliminada en la turbulencia política de los años setenta, y se dedicó principalmente a estudiar la antropología estructuralista.

Comenzó entonces una reflexión sobre la historia de la antropología en México más allá de los manuales y textos que habían diseñado una historia mitológica

con un héroe fundador, Manuel Gamio, y sus herederos sucesivos: Moisés Sáenz, Alfonso Caso y Gonzalo Aguirre Beltrán. Ésta es la sucesión planteada en los primeros textos de historia de la antropología, como los de Juan Comas (1964), o incluso en algunos recientes (Portal y Ramírez, 2010). Pero desde una perspectiva más amplia, antropológica, Sáenz participa activamente en la creación de una política indigenista y enfrenta el problema de la educación indígena como funcionario y como educador formado en la escuela de John Dewey, pero no tiene la trascendencia que impone la investigación de Gamio en el Valle de Teotihuacán. Es decir, Sáenz es una figura importante en la perspectiva de la política indigenista y de la educación indígena, pero no en el más amplio campo del conjunto de las ciencias antropológicas. Sin embargo, no deja de ser un tanto paradójico que, pensando en la aplicación del conocimiento antropológico a la educación indígena, proponga el término antropología social.

En el proceso de desmontar la historia oficial, comenzamos a buscar otras perspectivas, a otros autores que nos condujeran al quehacer antropológico propiamente dicho; yo hice una investigación sobre el lugar y la obra de Miguel Othón de Mendizábal, un investigador formado en el Museo Nacional a principios del siglo XX y cuya intensa actividad se concentra en las décadas de los años veinte y treinta. Discípulo de Andrés Molina Enríquez, como secretario académico del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM desarrolló investigaciones en el Valle del Mezquital, las cuales le condujeron a proponer un perfil profesional específico, como trabajadores de campo, para los antropólogos que habrían de formarse en el Instituto Politécnico Nacional, en el Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas (Medina, 1996). Asimismo, comencé a explorar las contribuciones de Miguel Covarrubias a la antropología de los años cuarenta, las cuales abarcaban campos como la arqueología, la etnografía y la museografía. De hecho, el estilo museográfico del fastuoso Museo Nacional de Antropología es la culminación del estilo que Covarrubias creó e impulsó en México (Medina, 1988).

Por su parte, Carlos García Mora se plantea una monumental historia de la antropología en México con la colaboración de la mayor parte de los miembros de la comunidad antropológica mexicana. A lo largo del sexenio del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), y con el apoyo decidido del entonces director del INAH Enrique Florescano, se publican los quince volúmenes de una obra programada para doce. Los dos primeros tomos contienen las investigaciones de doce colaboradores que ahondan y resumen cada uno de los períodos en los que se divide el largo proceso histórico que se remonta hasta la Nueva España. En el primer volumen, además, hay dos ensayos novedosos, el del propio coordinador de

toda la obra, García Mora, sobre el trabajo de campo en la antropología mexicana, y el de Esteban Krotz, quien incorpora toda la discusión internacional sobre la construcción del conocimiento antropológico a la luz de las nuevas propuestas sobre la historia de la ciencia.

Un resultado constructivo de todo este proceso de reflexión y de investigaciones sobre la historia de la antropología mexicana es la organización del Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana en 1990, que pasa a ser el más importante foro para la discusión de diversas cuestiones de carácter epistemológico, como lo mostrará la organización de diversos eventos académicos en los que se plantean y analizan problemas y cuestiones específicas de la antropología mexicana y de sus relaciones con otras antropologías del sur, como las denomina Esteban Krotz, y con los centros hegemónicos, en particular con universidades y fundaciones de Estados Unidos (Krotz, 1997). Es decir, mientras que los llamados países centrales que exportan teoría —específicamente Estados Unidos, Francia e Inglaterra—, y de donde procede la mayor parte de los textos que se emplean en la formación profesional de los antropólogos de otras partes del mundo, asumen una condición de universalidad para sus propuestas teóricas, en los países periféricos, que consumen esas teorías, no se genera un conocimiento que trascienda los límites nacionales. Las publicaciones de los países centrales se hacen, en general, en inglés y en francés, y escasamente se hacen referencias a obras escritas en otras lenguas. Como se ha planteado en la propuesta de las “antropologías del mundo”, la tradición del conocimiento racional de Euroamérica no es la única forma posible, hay otras más, lo que ha llevado a plantear la provincialización de Euroamérica, a desplazar su etnocentrismo hacia otras opciones que se siguen en diferentes países de ese otro extremo que Krotz ha llamado “del Sur” (Lins Ribeiro y Escobar, 2009).

Esta propuesta sobre las antropologías del mundo plantea la estrecha relación entre ciencia y poder, expresada a partir de los señalamientos sobre la relación entre la antropología y el colonialismo, particularmente en Inglaterra en el período de entreguerras y en Estados Unidos a partir de la Segunda Guerra Mundial, como ya lo referí. Pero también, en esta misma mirada crítica se reflexiona sobre las especificidades de la antropología en cada país sin dejar de situarse en la trama entre ciencia y poder.

El nuevo indigenismo y las movilizaciones de los pueblos indios

Después de la larga crisis política y económica por la que atraviesa el país en los años ochenta, en la que el movimiento de los pueblos indios parece languidecer y la

formación profesional de los antropólogos se difunde hacia otras entidades del país, hay una reactivación de la política indigenista del gobierno mexicano, ahora bajo la presidencia de Carlos Salinas de Gortari. Con la dirección de Arturo Warman en el INI, el antiguo crítico feroz del indigenismo, se despliega una política que traslada a los propios pueblos los recursos para que apoyen sus proyectos de desarrollo, principalmente con el programa de Fondos Regionales. Sin embargo, al mismo tiempo se inicia el proceso para dar por terminado el reparto agrario mediante la reforma del artículo 27 constitucional, con lo que las tierras ejidales ingresan al mercado por diferentes mecanismos institucionales. En 1992, al mismo tiempo que se realiza la reforma que acaba con el régimen ejidal, se efectúa otra reforma, la del artículo 2 constitucional, por la cual se reconoce la composición pluriétnica y plurilingüe de la nación mexicana. Hay, por supuesto, una estrecha relación entre ambas reformas, pues mientras por un lado se hace un reconocimiento a la condición cultural del país sin afectar la situación de los pueblos indios, por el otro se da un golpe poderoso a la base de sustentación de los propios pueblos indios, la tenencia de la tierra, particularmente a aquellos que tienen una forma de propiedad ejidal. Uno de los efectos de esa agresiva reforma es el levantamiento zapatista de 1994 y la reorganización del movimiento nacional indígena al que nos referimos más adelante.

El movimiento autónomo de los pueblos indios, mientras tanto, recibe un gran impulso con el rechazo a la preparación de las celebraciones oficiales de los diferentes gobiernos de la América Latina del Quinto Centenario de la llegada de Cristóbal Colón al continente americano. La emergencia de un movimiento panindio de alcance continental, que rechaza las nociones sobre el “descubrimiento” de América y obliga a las autoridades a matizar su propuesta para referirse al “Encuentro” (o “encontronazo”, según otros más), reactiva las críticas a la política indigenista, pero sobre todo revela el potencial político de las movilizaciones, particularmente en los países sudamericanos de la región andina. En México y en los países de Centroamérica la movilización se expresa en diversos actos políticos en los que participan delegaciones de los diversos países de la región; incluso se hacen presentes delegaciones de los pueblos indios de Estados Unidos y Canadá. Las celebraciones oficiales se cancelan en México y el 12 de octubre se realiza una verbena popular en el Zócalo con manifestaciones, mantas y música de varios pueblos indios. En Chiapas, mientras tanto, hace su aparición el movimiento armado de los pueblos indios en las celebraciones del 12 de octubre, cuando un contingente derriba el monumento al conquistador Diego de Mazariegos, puesto por las autoridades de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas con el respaldo de la aristocracia local.

La gran actividad desarrollada por el gobierno de Salinas de Gortari a lo largo de su sexenio para lograr la puesta en práctica del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA por sus siglas en inglés) logra su meta el 1º de enero de 1994, cuando entra en vigor. Sin embargo, ese mismo día se levanta en armas, en la selva lacandona y en Los Altos de Chiapas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), reclamando pan, justicia, educación y otras demandas para los pueblos indios mexicanos. Las tropas rebeldes toman cuatro ciudades y dan a conocer sus demandas a través de diversos manifiestos que circulan por los medios de comunicación nacionales e internacionales. Entra en juego también una estrategia que difunde las razones del levantamiento por internet y llega así a todo el mundo. La respuesta feroz del ejército provoca una gran mortandad entre ambos bandos y movilizaciones en la Ciudad de México, en las que grandes contingentes recorren la ciudad pidiendo el fin de las acciones armadas y el establecimiento de un diálogo de paz.

Restablecida la paz, inicia un largo proceso de negociaciones entre los representantes del gobierno nacional y de los zapatistas; los ojos del mundo están puestos en estos diálogos. El lugar emblemático en el que se hacen las negociaciones es la comunidad tzotzil de San Andrés Larráinzar, a la cual los pueblos indios de los Altos llamarán *Sak'am ch'en* de los Pobres. En las pláticas participan numerosos intelectuales progresistas del país de las más diversas tendencias. Sin embargo, quienes tienen una activa participación son varios antropólogos mexicanos que tenían experiencia en el conflicto suscitado en Nicaragua por los pueblos de la Costa Atlántica y en su reclamo de autonomía. Es entonces cuando se abre una amplia discusión sobre los reclamos de autonomía de los pueblos indios mexicanos y, específicamente, sobre las formas que asumiría a partir de las características de su organización política tradicional.

El movimiento oaxaqueño de los pueblos indios tenía una larga experiencia de lucha a partir de la reivindicación de la comunalidad, propuesta elaborada por varios de sus dirigentes, pero sobre todo por Floriberto Díaz, estudiante mixe de antropología de la ENAH. Otros antropólogos que participaban eran el zapoteco Jaime Martínez Luna y el lingüista de la UNAM Juan José Rendón, discípulo de Mauricio Swadesh, junto con otros dirigentes de los pueblos indios oaxaqueños. Sus planteamientos políticos y teóricos serán el sustento de la primera organización nacional autónoma del movimiento indígena, el Congreso Nacional Indígena, fundado en 1996 en la coyuntura efervescente del movimiento zapatista.

El cierre de la relación estrecha entre política indigenista y antropología tiene lugar en el mes de junio de 1994, cuando coordinadamente investigadores

del CIESAS y del INI realizan una mesa redonda en el edificio emblemático sede del indigenismo gubernamental con el sugerente título de *¿Ha muerto el indigenismo?* Evidentemente, era una reacción a las discusiones sobre los pueblos indios y sus condiciones de extrema pobreza y explotación, así como sobre sus reivindicaciones de autonomía planteadas por el movimiento zapatista. Para responder a la interrogante de su título, participaron cuatro antropólogos y un filósofo, Luis Villoro, autor de un libro clásico (*Los grandes momentos del indigenismo en México*. Colegio de México, 1950).

Dos de los antropólogos eran funcionarios del INI. Uno de ellos, Agustín Romano, uno de los primeros antropólogos sociales que se incorporaron a los cuadros directivos, defendería el discurso oficial de la política indigenista. El otro, Carlos Moreno Derbez, haría una defensa apasionada de la acción indigenista desarrollada en las condiciones de trabajo de los centros coordinadores en lo que podemos llamar la línea de fuego. Carlos Moreno había tenido una activa participación en el movimiento estudiantil de 1968 junto con otros alumnos de la ENAH y mantenía una perspectiva crítica hacia el Estado mexicano. Tempranamente en su carrera profesional, participó en la política indigenista como funcionario y adquirió una amplia experiencia tanto en el trabajo de base como en los puestos directivos de los centros coordinadores indigenistas. Junto con otros jóvenes antropólogos del INI, impulsó desde los años setenta un “indigenismo de participación” que rompería con el paternalismo dominante.

Lo cierto es que en esta mesa redonda las posiciones más críticas las expresarían Luis Villoro, desde las concepciones de comunidad y utopía, y Carlos Moreno, desde la conciencia social de la acción indigenista. Con el conflicto armado y el proceso de negociaciones, el ejército toma el control de las regiones indígenas y el INI asume una acción de bajo perfil reduciendo notablemente sus acciones. El emblemático centro coordinador de Los Altos de Chiapas es tomado por los militantes zapatistas y son arrasados sus campos de experimentación agrícola; las tierras que ocupaba se convertirán en una colonia popular habitada mayormente por antiguos maestros bilingües, quienes mantienen de muchas formas relaciones con sus comunidades de origen. De hecho, la extrema movilización que provoca el conflicto armado y la estrategia de “guerra de baja intensidad” que mantiene el ejército en su objetivo de cercar a los zapatistas conducen a desplazamientos y migraciones masivas hacia otras comunidades, pero mayormente hacia el centro regional, San Cristóbal de Las Casas, que pronto se convierte en la primera ciudad india de Chiapas, con más de la mitad de sus habitantes hablantes de tzotzil, principalmente, aunque también hay hablantes de las otras lenguas mayas de Los Altos.

A lo largo de los años que siguen al levantamiento zapatista, la política indigenista entra en una lenta agonía con una reducción gradual de sus actividades. Mientras tanto, el movimiento indígena independiente reivindica el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés, firmados por los representantes gubernamentales y la dirigencia zapatista en 1996. El primer presidente panista, Vicente Fox, envía tales acuerdos al Congreso de la Unión, donde son prácticamente eliminadas las partes relacionadas con la autonomía y con el reconocimiento de los derechos históricos de los pueblos indios, como lo manifiesta la Ley Indígena en la que concluye el proceso, aprobada en 2001. Dos años después, en 2003, desaparece el INI y se crea la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) con menores funciones. A partir de entonces se acentúa un proceso de desmantelamiento de la política indigenista y de sus instalaciones. Los antiguos funcionarios indigenistas son jubilados; los más jóvenes son desplazados a otras instituciones gubernamentales, cuando no lanzados a las filas crecientes de desempleados.

La mirada de los antropólogos se dirige entonces hacia los procesos históricos de los pueblos indios en el marco de la nación mexicana, la cual expresa actualmente muy diversos matices, pues los movimientos migratorios de los pueblos indios hacia las ciudades del norte y a los Estados Unidos ha mesoamericanizado la cultura nortea mexicana, así como también ha generado una corriente económica de remesas en sentido contrario que ha impactado de muchas maneras a las comunidades de origen. En este movimiento también se han visto afectadas las más importantes ciudades, las cuales tienen ahora grupos crecientes de inmigrantes indios, cuyo contingente mayor está en la Ciudad de México.

Reflexión final

En el largo proceso constituido por el desarrollo de la antropología y de la política indigenista que me ha sido dado observar, reconozco la estrecha interrelación entre ambos campos desde los años cuarenta del pasado siglo XX. Estos dos ámbitos constituyeron el ambiente académico, profesional y político en el que me formé como antropólogo. Las transformaciones de que doy cuenta en este texto las he vivido como experiencias personales. Posteriormente, esta perspectiva se ha enriquecido con las trayectorias de diferentes alumnos míos dentro de los campos del indigenismo y de las investigaciones antropológicas. He sido maestro de la ENAH desde 1967 y de la UNAM desde 1972, cuando ingresé a la antigua Sección

de Antropología, hoy Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Sin embargo, me parece que la más intensa experiencia personal ha sido el haber visitado numerosas comunidades indígenas en diferentes regiones del país, donde se viven de primera mano las condiciones de pobreza y de explotación, y el haber conocido sus circunstancias por voz de la misma gente que generosamente me recibió. Conversaciones con jóvenes maestros indígenas y con dirigentes, así como con funcionarios y autoridades de los más variados niveles, han contribuido a proveerme de percepciones y experiencias intensas que sin duda inciden en mis actividades y preocupaciones académicas. Es decir, finalmente, la estrecha articulación de indigenismo, antropología y nacionalismo en el ambiente en el que me formé me ha permitido darles seguimiento desde mi propia biografía.

Me parece que la preocupación mayor desde los años setenta ha sido la búsqueda del perfil propio de la antropología mexicana más allá del nacionalismo, lo que he enfrentado no tanto como una reflexión epistemológica, sino más bien histórica. He buscado en la tradición académica mexicana a aquellos autores y problemas que expresan una vocación genuina por el conocimiento y por responder desde la antropología a los grandes problemas nacionales en los cuales puede incidir, particularmente los relacionados con la diversidad cultural y lingüística. De los movimientos teóricos y políticos de los años setenta he tomado la perspectiva crítica; de algunos de mis maestros, como Juan Comas, Mauricio Swadesh y Wigberto Jiménez Moreno, entre otros, la pasión por el conocimiento y el compromiso con mi formación profesional.

Dos grandes referentes han fundado mi perfil profesional, el haber nacido y crecido en la Ciudad de México, donde fui privilegiado por la educación gratuita desde la primaria hasta la universidad, y el haberme formado como investigador en las comunidades mayas de los Altos de Chiapas, a donde regreso constantemente.

Bibliografía

- Beals, Ralph L., Robert Redfield y Sol Tax (1943), "Anthropological Research Problems with Reference to the Contemporary Peoples of Mexico and Guatemala", en *American Anthropologist*, núm. 45, s.p.
- Bonfil, Guillermo (1981), *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios de América Latina*, México: Editorial Nueva Imagen.
- Bonfil, Guillermo (1987), *México profundo. Una civilización negada*, México: Secretaría de Educación Pública/CIESAS.
- Bonfil, Guillermo *et al.* (1970), *De eso que llaman antropología Mexicana*, México: Editorial Nuestro Tiempo.

- García Mora, Carlos y Andrés Medina (eds.) (1986), *La quiebra política de la antropología social en México. II. Lapolarización*, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- Hartch, Todd (2006), *Missionaries of the State. The Summer Institute of Linguistics, State Formation and Indigenous Mexico, 1935-1985*, Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Kemper, Robert V. (1993), “Del nacionalismo a la internacionalización: el desarrollo de la antropología mexicana, 1934-1946”, en Beals, R. L. y R. V. Kemper, *Dos lecturas de la antropología mexicana*, México: Universidad de Guadalajara, s.p.
- Kirchhoff, Paul (1943), “Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”, en *Acta Americana*, núm. 1, s.p.
- Krotz, Esteban (1997), “Anthropologies of the South: Their Rise, Their Silencing, Their Characteristics”, en *Critique of Anthropology*, núm. 17 (3), pp. 237-251.
- Lins Ribeiro, Gustavo y Arturo Escobar (eds.) (2009), *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*, México: The Wenner-Gren International/CIESAS/UAM/Universidad Iberoamericana/Envión.
- Manners, Robert A. (1956), “Functionalism, Realpolitik and Anthropology in Underdeveloped Areas”, en *América Indígena*, vol. XVI, núm. 1.
- Medina, Andrés (1996), *Recuentos y figuraciones. Ensayos de Antropología mexicana*, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- Medina, Andrés y Carlos García Mora (eds.) (1983), *La quiebra política de la antropología social en México. I. La impugnación*, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- Nugent, David (2008) “Social Science Knowledge and Military Intelligence: Global Conflict, Territorial Control and the Birth of Area Studies During WWII”, en *Anuario Antropológico 2006*, Brasil, s.p.
- Portal Ariososa, María Ana y Paz Xóchitl Ramírez Sánchez (2010), *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/Juan Pablos Editor.
- Pozas Arciniega, Ricardo (1948), *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, México: Sociedad de Alumnos de la ENAH.
- Pozas Arciniega, Ricardo (1959), *Chamula. Un pueblo indio de Los Altos de Chiapas*, México: Instituto Nacional Indigenista.